

---

# En torno a un cerco de silencio<sup>1</sup>

RUBÉN A. CHABABO  
(Universidad Nacional de Rosario)

## Resumen

*En torno a un cerco de silencio* aborda la compleja incorporación en la memoria colectiva de los argentinos de los episodios vinculados a la guerra que tuvo lugar entre abril y junio de 1982 cuando la última dictadura argentina intentó recuperar las Islas Malvinas. Haciendo un contrapunto con episodios de la historia europea contemporánea, el trabajo señala y analiza la manifiesta resistencia de la sociedad civil a aceptar reconocer su complicidad con esta aventura bélica, a la vez que reflexiona en torno a ese lugar de postergación y olvido al que han sido arrojados los ex combatientes.

## Palabras Clave

Memoria colectiva – Islas Malvinas – guerra – sociedad civil – olvido

## Abstract

*Around a wall of silence* approaches the complex incorporation in Argentina's collective memory of episodes related to the war that took place between April and July 1982, when the last Argentine dictatorship attempted to recover the Malvinas (Falkland) Islands. In a counterpoint with episodes of contemporary European history, the work points out and analyzes the manifest resistance of civil society to accept and recognize its complicity in this belligerent adventure, and at the same time reflects upon that place of neglect and oblivion the ex soldiers have relegated to.

## Key Words

collective memory – Malvinas Islands – War – civil society – oblivion



Recibido con pedido de publicación el 07/10/2002  
Aceptado para su publicación el 07/02/2003

---

CHABABO, Rubén A. "En torno a un cerco de silencio", *prohistoria*, Año VII, número 7, 2003, pp. 179-187.

<sup>1</sup> La base de este texto está constituida por una Ponencia leída en el marco de las Jornadas *Frente al límite: reflexiones en torno al Holocausto y las experiencias dictatoriales en América latina*. Universidad Nacional de Rosario, Noviembre de 2001. Doy mi agradecimiento a los evaluadores que leyeron este trabajo, propusieron sugerencias y aceptaron la publicación del mismo en el presente número de *Prohistoria*.

"En el campo  
En el campo  
En la casa  
En la caza  
Ahí

Hay cadáveres"

Nestor Perlongher

Hace unos meses, en el marco de un encuentro dedicado al estudio de la Shoá, en una de esas pausas que se hacen entre debate y debate, alguien preguntó por la guerra de Malvinas. Es decir, alguien, hablando de las experiencias dictatoriales en América Latina, de sus efectos y consecuencias sobre la trama social, formuló la pregunta en torno a un acontecimiento brutal que a veinte años de acontecido sigue permaneciendo en un círculo de silencio en el que parece habrá de permanecer por mucho tiempo más.

¿Por qué no se habla de Malvinas, por qué no se la menciona a la hora de enumerar el repertorio de atrocidades de la que fue responsable la última dictadura argentina? ¿por qué no se han escrito, no circulan, como al final de cualquier guerra, historias de heroísmo y de resistencia? ¿cuál es la dificultad que existe para que este acontecimiento atroz pueda comenzar a ser enunciado de un modo diferente a como hoy es dicho?

La guerra de Malvinas parece borrada de la memoria colectiva. A retazos, emerge como tema cuando llega el 2 de abril y se impone por obligación calendaria que la prensa le dedique algunas páginas o algún espacio en las emisiones radiales, pero más allá de eso, se trata de un acontecimiento sólo conmemorado por sus sobrevivientes, ex soldados que recorren los canales de televisión evocando para un público invisible sus experiencias pertenecientes a una época que todos parecen querer olvidar. También se los ve deambular por las ciudades, reunirse en las calles más céntricas, en torno a alguna mesa, pidiendo su adhesión a algún reclamo de reconocimiento económico por parte de un Estado que se ha olvidado de ellos. Parecen fantasmas. Parecen huérfanos, hijos de un padre que les ha prometido cuidado y en cambio los ha abandonado sin abrigo en mitad de la noche oscura.

En el año 2002, y con motivo de un nuevo aniversario de la guerra, una periodista de Rosario reunió en un programa televisivo a las madres de cuatro soldados combatientes de Malvinas. A las cuatro mujeres no las unía solamente el hecho de ser madres de ex combatientes, sino el atroz *lugar común* de que sus hijos se habían suicidado al volver de la guerra. Las cuatro mujeres hablaban frente a la cámara enunciando el espanto del olvido al que la comunidad y el Estado habían relegado a sus hijos en los años inmediatamente posteriores al fin de la guerra. Un olvido que había terminado por arrojar a la desesperación a aquellos que en algún momento habían sido enviados a un frente de batalla en el que por espacio de dos meses fueron, para los ojos de una prensa sensacionalista y un pueblo ávido

de triunfos, héroes. Las cuatro madres contaban de qué modo la guerra había prolongado su efecto devastador sobre sus familias al devorarse a sus hijos situados a miles de kilómetros del escenario donde se habían librado alguna vez y hacía años, los combates. Porque ellos, sus hijos, de la efímera categoría de héroes pasaron a ser calificados como desequilibrados mentales. Protagonistas centrales de un episodio de vergüenza y humillación nacional en el que nadie quería reconocerse.

No es por afán de comparación, sino de pura asociación, pero ese relato del olvido narrado por boca de las madres evoca los tantísimos casos enunciados por sobrevivientes de situaciones límites a quienes una vez concluida la experiencia *les falta la lengua* para enunciar la atrocidad de lo vivido, o padecen la negación de aquellos que se resisten a escuchar sus relatos del sufrimiento. Robert Antelme, en su monumental texto autobiográfico titulado *La especie humana* relata esta situación de la que también se ocupan la mayor parte de los sobrevivientes de los campos de exterminio, y que en el registro ficcional llevó a la escritura el israelí David Grossman en su novela *Léase: amor* donde da cuenta de qué modo, luego de la Shoá y en el propio territorio del Estado de Israel los sobrevivientes de la guerra fueron relegados y negados como consecuencia de un complejo mecanismo de defensa que consistía en no querer escuchar sus historias de sufrimiento para no involucrarse en el dolor y no reconocer qué grado de responsabilidad le competía a cada uno, como semejante, en la *construcción* de ese acontecimiento. “Veníamos con una versión del mundo de la que nadie parecía querer ocuparse. Habíamos visto cosas que nadie quería cargar con el peso de recordar”, dice Antelme.<sup>2</sup>

La guerra de Malvinas no pertenece a un episodio de la dictadura, no es parte de la dictadura. Digo esto, no porque lo suscriba, sino por la idea que siempre he sentido que sobrevuela las pocas conversaciones que surgen en torno a ese tema.

Acontecida en el gozne, en el canto de cisne del gobierno militar, en el *quiasmo* hacia la democracia, parece que a ella le corresponde pertenecer a un tiempo histórico singular, no porque no se le reconozca su *pertenencia* como episodio de la dictadura, sino porque pareciera que las atrocidades del genocidio argentino, los otros relatos, las otras calamidades, ocuparan un lugar de *mayor* atención, de mayor preocupación a la hora de evaluar los alcances de la perversidad militar de aquellos años.

Malvinas está *fuera* de la dictadura, es decir, en un espacio congelado que parece no haber podido hasta hoy ser apropiado por las generaciones contemporáneas al acontecimiento y mucho menos por las más jóvenes. Ese *fuera* transforma en ajenidad cualquier

<sup>2</sup> ANTELME, Robert *La especie humana*, Arena, Madrid, 2001; GROSSMAN, David *Léase: amor*, Tusquets, Barcelona, 1990. Respecto al tema de la negación o la resistencia al escuchar los relatos de los sobrevivientes se puede consultar, entre otros textos teóricos, el estudio de WANG, Diana *El silencio de los aparecidos* en el cual, siguiendo las propuestas del libro de SEGEV, Tom *The Seventh Million. The Israelis and the Holocaust*, Acervo Cultural, Buenos Aires, 1998, se aborda la complejidad que supone la tarea de transmisión y relato de las experiencias traumáticas por parte de sus protagonistas.

relato sobre esos acontecimientos al punto de que es posible que si se formula la pregunta a boca de jarro respecto a si en este país hubo guerra, sean tantos los que puedan llegar a responder de manera negativa para luego recapacitar y decir, en un segundo momento que sí. Con un registro débil, vacilante, Malvinas quedó relegada en la memoria colectiva como un episodio olvidado. Nadie se ha hecho cargo de su transmisión. Nadie la ha activado en la memoria. Desecho o baldío de la historia, otra más de las miserias de ese tiempo.

"El sentimiento Malvinas es una causa aglutinante para el pueblo argentino. Pero ese sentimiento coincidió con la dictadura militar del Proceso. Lo que he tratado de hacer siempre, en mi acción docente, cuando fui jefe de Estado Mayor, fue separar las dos cosas. Malvinas no es la dictadura, Malvinas no son los crímenes del proceso. Malvinas trasciende las barreras ideológicas o partidistas", esto decía el ex Jefe del Ejército Martín Balza, en un reportaje aparecido en el periódico *Página/12* con motivo de un nuevo aniversario de la guerra. Desde otro costado, desde otro lugar de la historia, reivindicaba ese *fuera* de la dictadura ante cualquier intento de asociar esa guerra con un crimen de Estado y ante el temor de sumar esos muertos a la cuenta del genocidio.<sup>3</sup>

Uno de los lugares comunes que se utiliza a la hora de pensar si existió o no adhesión del pueblo argentino a la dictadura es la histórica mañana en que Galtieri convocó, con una exultación que ningún otro episodio de los años de la dictadura había alcanzado salvo el triunfo del Mundial de Fútbol de 1978, a que los argentinos manifestaran su apoyo en la Plaza de Mayo y en los principales centros cívicos del interior del país. Una convocatoria que tenía lugar tan sólo unos días después de la violenta represión del 30 de marzo a los trabajadores, una de las primeras acciones urbanas que el movimiento obrero desplegaba sobre las calles de un país hasta ese momento ocupado militarmente.

No hay que exigirle demasiado a la memoria para recordar que esa convocatoria fue multitudinaria y que la prensa en su casi totalidad apoyó el llamado redentorista a recuperar lo arrebatado hacía más de cien años por el enemigo inglés. Los más nacionalistas sintieron que la hora había llegado, los más tibios dudaron y los más combativos, al menos muchos de los más combativos, dieron vuelta el signo y se plegaron para apoyar a un ejército que sistemáticamente y durante seis años había ejercitado su maquinaria de muerte en pos de cumplir ordenadamente uno de los crímenes más brutales de la historia contemporánea de América latina. De un amanecer al otro la izquierda militante quiso ver en el poder militar un *aliado* en su reclamo anticolonialista y en la ocasión un buen motivo para avanzar sobre un territorio ya devastado por la retórica militar generando esa "gigantesca complicidad con los *gangsters* que convocan a la muerte" como calificara Néstor Perlongher a la alianza entre los sectores progresistas y el poder militar. "En nombre de una abstracta territorialidad, que en nada ha de beneficiarlas, las castigadas masas argentinas, se embarcan en la orgía nacionalista y claman por la muerte."<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Ver nota de tapa del Diario *Página/12*, día lunes 2 de abril de 2001.

<sup>4</sup> "La claudicación de las izquierdas ante los delirios patrioterros de la dictadura es ya una constante:

En su trabajo sobre las relaciones entre la guerra sucia y la guerra limpia, León Rozitchner recordaba una declaración de uno de los tantos frentes de izquierda que decía “La dictadura militar tomó imprevisada e inconsultamente entre sus manos una reivindicación nacional que no por eso ha dejado de ser justa” para luego decir, “de ese acto insensato, se han hecho cómplices, subjetiva y objetivamente, los que adhirieron a él.”

Vuelvo al presente, a preguntarme si acaso no está allí, en esa adhesión entusiasta, en ese apoyo manifiesto al poder militar, la resistencia que hoy planea sobre las conciencias impidiendo cualquier memoria o balance objetivo de ese acontecimiento. Es decir, no habría que buscar en la pregunta de la adhesión al llamado de la guerra la razón central de este bloqueo, de este echar al desván uno de los acontecimientos claves de la historia argentina contemporánea?

La situación me recuerda, a la siempre vacilante explicación que daban las poblaciones civiles durante los años inmediatamente posteriores a la caída del nacional-socialismo cuando se le mostraban las imágenes de plazas colmadas de rostros exultantes. *Yo no estaba allí, Yo no dije, Yo falté a esa cita*, decían.

Pero lo cierto es que a esa cita con la muerte, a esa morbosa ceremonia de acompañar la inmolación de los más jóvenes para retener una cuota de poder en el trono de un país que ya se caía a pedazos, asistieron más de los que hoy dicen no haber compartido nunca el vino celebratorio.<sup>5</sup>

---

ellas se dejan llevar –como los personajes de Alejo Carpentier en el *Siglo de las Luces*– por el entusiasmo de las concentraciones de masas, sin percibir cuándo ellas resultan en una legitimación del régimen –como el Mundial de Fútbol de 1978– o cuándo obedecen a luchas internas del gobierno con la bendición de la todopoderosa Iglesia Católica: así, en la manifestación ante el santo del trabajo en noviembre del año pasado, se vio a recoletos marxistas subir de rodillas las escaleras del templo de San Cayetano, patrono de los Desocupados, junto con un ministro militar.” PERLONGHER, Néstor “Todo el poder a Lady Di”, en *Prosa plebeya - Ensayos 1980-1992*, Colihue, Buenos Aires, 1997.

<sup>5</sup> “El 8 de abril, el general Luciano Benjamín Menéndez, asume como Gobernador de las Islas Malvinas. Asisten al acto, en un avión fletado especialmente para la comunidad, numerosas personalidades del campo político, empresarial y gremial. Entre ellas, Jorge Rafael Videla, Deolindo Bitel, Carlos Contin, Jorge Abelardo Ramos, Jorge Triacca, Rene Favalaro, Jaques Hirsh (Unión Industrial Argentina) y el Juez Federal Eduardo Marquardt. El día 11, los diarios reportan que con la adhesión de la gran mayoría de los sectores políticos nacionales, se realizó en la Plaza de Mayo una concentración popular a la que concurrieron más de 100.000 personas. Radio Rivadavia, responsable de la convocatoria (luego se sumaron las demás emisoras radiales y todos los canales de televisión) informa que adhieren el Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical, Saúl Ubaldini, el Automóvil Club Argentino, la Confederación de Maestros, Marco Denevi, Jorge Asís, Silvina Bullrich y Manuel Mujica Lainez, entre otros [...] El día 17, el diario *Crónica* reporta que más de 80.000 jóvenes acudieron al concierto de rock “*Festival de solidaridad americana*”, que se realizó en Obras. Allí actuaron, entre otros, León Gieco, Nito Mestre, Charly García, Lito Nebbia, Luis Alberto Spinetta, Piero, Rubén Rada, David Lebon y Raúl Porchetto.” BLAUSTEIN, Eduardo y ZUBIETA, Martín *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Colihue, Buenos Aires, 1997.

Quiero dar un paso más en dirección a comprender ese tiempo de batallas cuando la Argentina pareció revivir de un letargo impuesto por el miedo dictatorial como consecuencia de la exaltación bélica. Ahora recuerdo, ahora compruebo. Malvinas fue concebida como *la gran gesta Argentina* que todos debían acompañar pero de la que no todos debían participar, al menos activamente. Y me explico. La guerra de Malvinas involucró al cuerpo de la nación pero seleccionó a sus actores eligiendo para la batalla a aquellos que en su gran mayoría pertenecían a los sectores más pobres del país. Así, sobre la inmensidad del territorio austral, miles de *cabecitas negras* bajaron a librar una guerra alentada desde los televisores por una población blanca, rubia y educada, ansiosa de querer escuchar la noticia de un triunfo que sólo se escribía como tal en las páginas de la prensa argentina.

Recuerdo una fotografía de aquellos años. Es de un tren, está llegando a Estación Retiro, viene repleto de conscriptos y uno de ellos, de piel morena, saca la cabeza por la ventanilla saludando a una multitud invisible, aprieta el puño, los dientes y llora. La imagen de la derrota está atrapada en esa foto con una contundencia mucho más poderosa que en aquella otra que registra el instante en el que el fugaz Gobernador de las Islas, Coronel Benjamín Menéndez, pliega y entrega, en manos del jefe de las tropas inglesas en Puerto Stanley, una arrugada bandera argentina recién izada.

Esa imagen, la del cabecita negra que llora mientras saca su cabeza del vagón de tren, es acaso la imagen más acabada de lo que significó esa guerra. No hay en ella ni sangre, ni cuerpos arrojados sobre trincheras abandonadas. Está el rostro de la impotencia que ya preanuncia el reclamo de un reconocimiento que nunca llegará. La imagen de ese niño es ya la del futuro fantasma que habrá de buscar sin consuelo que aquella sociedad que lo arrojó a las trincheras se haga cargo de su relato, que le de voz a su espanto, que le ayude a interpretar lo que ha sucedido y le ha tocado ver allá abajo.

La guerra de Malvinas está *fuera* de la dictadura. Digo fuera, como devorada por la premura de los otros acontecimientos y no cargada en la cuenta de sus perpetradores. Está fuera porque pareciera que el horror que supone la figura de los desaparecidos, el relato de las experiencias en los campos de concentración, la terribilidad del exilio, la saga de los resistentes, requirieran una dosis de asombro y de atención que se agota y no "alcanza" para los relatos de la guerra. O tal vez porque los familiares de esas víctimas, en su mayor parte conscriptos de lugares apartados, hijos de hogares de escasos recursos, no tuvieron a su alcance —acaso por la dimensión del horror padecido, acaso por dificultades de acceso a la justicia— la posibilidad de elevar un reclamo o un pedido de revisión respecto a esa guerra. O tal vez porque pensaron, como una forma de consuelo, que antes de ir a la guerra ya habían sido advertidos que había dos formas de salir de ella: vivos o muertos. Y entonces aceptan el destino, es decir, la explicación que les da el Estado al entregarles una medalla con el escudo nacional en cuyo reverso se lee *muertos por la patria*.

¿Por qué motivo a veinte años del comienzo y fin de la guerra sigue siendo hoy ese acontecimiento un tema ajeno, extraño a la mayoría de la población? ¿Por qué motivo sigue siendo tan complejo incluirlo como tema de reflexión en el campo educativo? ¿Por qué razón

la voz de los sobrevivientes de esa catástrofe reciente ocupa un lugar tan poco estimado, es más, generalmente desechado?

Y cuando se avanza en el intento por dilucidar el interrogante algunos responden: ¿cómo solidarizarse con esos ex combatientes que se presentan en tiempos de paz con su uniforme militar, como si la guerra no hubiera terminado, como si aún hubiera alguna batalla que ganar? Puede entenderse el sentido de esa respuesta. Porque esa imagen de ex combatientes en el espacio urbano de este fin de siglo es, a los ojos de la gran mayoría, una imagen dislocada, de otro tiempo, un fuera de escena. Porque parecen tripulantes de una nave espacial que viniendo de otro mundo los abandonó en medio de un planeta desconocido. Con sus uniformes, con sus escarapelas, con sus pizarras en las que suelen pegar amarillentos recortes de diarios, hablan de un tiempo al que nadie quiere regresar, a la vez que recuerdan con el escándalo de sus presencias, pactos y complicidades civiles que todos quieren olvidar.

Y es innegable que su uniforme de combate, el apego a esa militarización de su vestuario genera más la idea de rechazo que de adhesión frente a los ojos de una sociedad que lógicamente asocia lo militar con la represión y la barbarie, los símbolos patrios con las autoritarias versiones del nacionalismo.

Así, el descrédito de sus presencias, la negatividad que ellos encarnan nace del rechazo de una sociedad que prefiere mantenerlos en la distancia incontaminada del trato frente al riesgo de contaminarse con la pregunta de qué hacer con estos aparecidos de la guerra, qué respuesta darle a aquellos que cargan sobre su propia historia personal, o llevan tatuadas sobre la piel de su cuerpo, la idea mutilada del triunfo.

Por haber muerto dentro de las filas de un ejército asociado a la barbarie y al genocidio —a pesar de que su presencia en él no era ni muy lejos voluntaria— han quedado relegados a ese lugar del desconocimiento, el olvido o el rechazo.

Leo en un texto de Hugo Vezzetti: “La memoria no es un registro espontáneo. Es algo que se produce, se implanta, se construye [...] Hablar de trabajos de la memoria implica, desde luego, admitir lo que en esa producción multiforme y plural hay de implantación, de práctica formadora que recupera y se apropia del pasado en contra de lo que sería la insignificancia y el acostumbramiento espontáneos. Lo espontáneo no es la memoria, lo espontáneo es el olvido” concluye Vezzetti significando la importancia del rol de aquellos encargados de trabajar para la “construcción” de una memoria que evite la volatilización del pasado.<sup>6</sup>

Así, pareciera que en el caso de la guerra de Malvinas la espontaneidad del olvido ha podido más, hasta ahora, que cualquier empeño de recuerdo. O en todo caso, no ha surgido aún la verdadera voluntad de construir el recuerdo de la historia de ese crimen perpetrado por el Estado argentino, alojándolo, en cambio, en ese desván donde se acumulan los episodios olvidables. O acaso, como sugeriría Yerushalmi, Malvinas pertenece a un pasado

<sup>6</sup> VEZZETTI, Hugo “Un mapa por trazar”, en *Puentes*, año 1, núm. 1, agosto de 2000.

que no fue activamente transmitido a las generaciones contemporáneas. Una zona de puro silencio, de vacío.

La nuestra es una sociedad filicida, caracterizada por un Estado que a lo largo del siglo XX no ha dejado de devorarse bárbaramente a sus hijos con el pretexto de defender a la patria de amenazas externas o internas. La Argentina, en más de un momento de su historia contemporánea, pudo ser vista como la metáfora de ese Saturno enfurecido de Goya que despedaza y degusta el cuerpo de su progenie abriendo los ojos en busca de nuevos manjares.

Vuelvo a la pregunta por Malvinas, no para encontrar una respuesta ahora, ya, de manera inminente, sino para que una vez lanzado el interrogante sobrevuele hasta encontrar el espacio de una respuesta futura. Como diría Jorge Semprun ¿qué haremos nosotros con estos aparecidos? ¿Qué vamos a hacer con estas miradas, con esos cuerpos maltrechos, con esas almas mutiladas por el desprecio? No pregunto por el consuelo, tampoco por la reparación o la justicia que se merecen los muertos y los sobrevivientes. Me estoy preguntando por nosotros, por los que tenemos sobre nuestras espaldas la responsabilidad de decir y contar que alguna vez hubo en la Argentina una guerra, que esa guerra terminó en derrota y que ese campo de batalla fue abonado por los gritos ensordecedores de un país que alentó la posibilidad de una guerra que aún hoy se sigue cobrando, en la figura de sus suicidados, su carga de horror y de espanto:

En un fragmento del libro *Ese infierno*<sup>7</sup> cinco mujeres ex detenidas en la ESMA (Escuela Superior de Mecánica de la Armada) hablan de su experiencia concentracionaria. En uno de esos diálogos, Munú Actis, se pregunta: "Hay una cosa que me sorprende y es cómo, en un lugar tan terrible como ese, no hubo mayor cantidad de gente que enloqueciera. Por más que me han dado miles de explicaciones, no puedo dejar de comparar con el hecho de que los ex combatientes de Malvinas siguen suicidándose y los sobrevivientes de los Campos no."

Y esa pregunta se responde en el libro dando una explicación que nosotros podemos completar como cierre de este trabajo. Allí en los campos de la dictadura, el sufrimiento, el dolor, la vergüenza, tuvieron para buena parte de los detenidos, y como lo sugeriría Víctor Frankl, un sentido. Y se sabe, cuando el dolor puede encontrar la dirección de su sentido, no daña menos pero cierra algunas puertas a la tentación de la locura o el abismo. En Malvinas, en cambio, o después de Malvinas, ese sentido se esfumó. Y si existió, duró sólo el tiempo que duró la guerra, y luego se vació, quedando un páramo que nadie quiso ni quiere comenzar a poblar. Puro sin sentido de esa guerra, vergüenza de su acontecer y su derrota.

Acaso una de las tareas pendientes de la sociedad que acompañó con entusiasmo esta aventura bélica sea comenzar a pensar en cómo dotar de sentido a aquella masacre. Cómo recuperar para la memoria colectiva ese episodio violento de la historia reciente,

<sup>7</sup> ACTIS, Munú et al. *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

dónde inscribir su aliento a la guerra, su sueño de triunfo transformado en derrota, dónde guardar la mueca alegre que estimuló entre gritos y aplausos, en las plazas y las calles de todas las ciudades, la muerte de inocentes. Y todo este empeño, todo este esfuerzo que hay que realizar, no debería ser nunca para terminar convirtiendo en héroes a los caídos, ni para transformar en monumento sus hazañas, sino para que aquellos que han sobrevivido por valentía o por azar a la voluntad atroz de ese crimen perpetrado por el Estado, puedan seguir viviendo con dignidad entre nosotros.